

Cinco minutos más

Raúl Clavero Blázquez

Mi amor, te extraño.

Ya no comemos juntos, ni dormimos a las mismas horas, ni nos miramos a los ojos como exploradores que descubrieran nuevos océanos. Sí, extraño eso, mirarte y que me mires, hacerlo sin calendarios, con taquígrafos en las pupilas, hasta que uno de los dos sonrío, o parpadea, y pierde. Extraño que me abrases por la espalda en el pasillo, cuando menos me lo espero. Extraño que me muestres en tus muñecas todos esos perfumes que siempre me parecen el mismo, y que me preguntes qué opino, y decirte que el segundo es el mejor, y que arrugues los labios, en una especie de beso cóncavo, y decidas quedarte con el quinto. Extraño que tus palabras se enreden con las mías en el sofá, y que caigan sobre la alfombra, y que se diluyan mansamente en un silencio sosegado y satisfecho, el de quien sabe que en el cuerpo del otro tiene su manta, su tirita, su oasis.

Te extraño, y ya no me puedo conformar con las breves conversaciones que mantenemos al amanecer, cuando tú te levantas y yo estoy a punto de acostarme. Y me saben a poco los fines de semana, simulacros de vida en pareja, asfixiados por el eco del cansancio de los días previos, y por la ansiedad del trabajo pendiente en los que han de venir.

No lo soporto más, y he decidido hacer algo, por eso hoy no te has cruzado conmigo en la cocina, por eso no he podido darte los buenos días, porque mientras tú lees esta carta, mojando tu sueño en el café, yo aún estaré aprovechando la soledad nocturna

de mi camión para llevar a cabo mi plan: robar todos los relojes del barrio. El de la torre de la iglesia, el de la plaza, el que pende inseguro en la fachada del estanco, los de las farmacias, los que amortiguan la espera en las paradas de autobús... Todos. He pensado que podemos hacer una montaña en el salón con los que consiga cargar en mi remolque, y quizá de ese modo, acumulando segundos entre las paredes de nuestra casa, logremos tener un poquito más de tiempo para los dos. Aunque sean cinco minutos cada día. Si son a tu lado, a mí me bastan.

Cinco minutos más

Raúl Clavero Blázquez

Mi amor, te extraño.

Ya no comemos juntos, ni dormimos a las mismas horas, ni nos miramos a los ojos como exploradores que descubrieran nuevos océanos. Sí, extraño eso, mirarte y que me mires, hacerlo sin calendarios, con taquígrafos en las pupilas, hasta que uno de los dos sonrío, o parpadea, y pierde. Extraño que me abrases por la espalda en el pasillo, cuando menos me lo espero. Extraño que me muestres en tus muñecas todos esos perfumes que siempre me parecen el mismo, y que me preguntes qué opino, y decirte que el segundo es el mejor, y que arrugues los labios, en una especie de beso cóncavo, y decidas quedarte con el quinto. Extraño que tus palabras se enreden con las mías en el sofá, y que caigan sobre la alfombra, y que se diluyan mansamente en un silencio sosegado y satisfecho, el de quien sabe que en el cuerpo del otro tiene su manta, su tirita, su oasis.

Te extraño, y ya no me puedo conformar con las breves conversaciones que mantenemos al amanecer, cuando tú te levantas y yo estoy a punto de acostarme. Y me saben a poco los fines de semana, simulacros de vida en pareja, asfixiados por el eco del cansancio de los días previos, y por la ansiedad del trabajo pendiente en los que han de venir.

No lo soporto más, y he decidido hacer algo, por eso hoy no te has cruzado conmigo en la cocina, por eso no he podido darte los buenos días, porque mientras tú lees esta carta, mojando tu sueño en el café, yo aún estaré aprovechando la soledad nocturna

de mi camión para llevar a cabo mi plan: robar todos los relojes del barrio. El de la torre de la iglesia, el de la plaza, el que pende inseguro en la fachada del estanco, los de las farmacias, los que amortiguan la espera en las paradas de autobús... Todos. He pensado que podemos hacer una montaña en el salón con los que consiga cargar en mi remolque, y quizá de ese modo, acumulando segundos entre las paredes de nuestra casa, logremos tener un poquito más de tiempo para los dos. Aunque sean cinco minutos cada día. Si son a tu lado, a mí me bastan.

Cinco minutos más

Raúl Clavero Blázquez

Mi amor, te extraño.

Ya no comemos juntos, ni dormimos a las mismas horas, ni nos miramos a los ojos como exploradores que descubrieran nuevos océanos. Sí, extraño eso, mirarte y que me mires, hacerlo sin calendarios, con taquígrafos en las pupilas, hasta que uno de los dos sonrío, o parpadea, y pierde. Extraño que me abrases por la espalda en el pasillo, cuando menos me lo espero. Extraño que me muestres en tus muñecas todos esos perfumes que siempre me parecen el mismo, y que me preguntes qué opino, y decirte que el segundo es el mejor, y que arrugues los labios, en una especie de beso cóncavo, y decidas quedarte con el quinto. Extraño que tus palabras se enreden con las mías en el sofá, y que caigan sobre la alfombra, y que se diluyan mansamente en un silencio sosegado y satisfecho, el de quien sabe que en el cuerpo del otro tiene su manta, su tirita, su oasis.

Te extraño, y ya no me puedo conformar con las breves conversaciones que mantenemos al amanecer, cuando tú te levantas y yo estoy a punto de acostarme. Y me saben a poco los fines de semana, simulacros de vida en pareja, asfixiados por el eco del cansancio de los días previos, y por la ansiedad del trabajo pendiente en los que han de venir.

No lo soporto más, y he decidido hacer algo, por eso hoy no te has cruzado conmigo en la cocina, por eso no he podido darte los buenos días, porque mientras tú lees esta carta, mojando tu sueño en el café, yo aún estaré aprovechando la soledad nocturna

de mi camión para llevar a cabo mi plan: robar todos los relojes del barrio. El de la torre de la iglesia, el de la plaza, el que pende inseguro en la fachada del estanco, los de las farmacias, los que amortiguan la espera en las paradas de autobús... Todos. He pensado que podemos hacer una montaña en el salón con los que consiga cargar en mi remolque, y quizá de ese modo, acumulando segundos entre las paredes de nuestra casa, logremos tener un poquito más de tiempo para los dos. Aunque sean cinco minutos cada día. Si son a tu lado, a mí me bastan.

Cinco minutos más

Raúl Clavero Blázquez

Mi amor, te extraño.

Ya no comemos juntos, ni dormimos a las mismas horas, ni nos miramos a los ojos como exploradores que descubrieran nuevos océanos. Sí, extraño eso, mirarte y que me mires, hacerlo sin calendarios, con taquígrafos en las pupilas, hasta que uno de los dos sonrío, o parpadea, y pierde. Extraño que me abrases por la espalda en el pasillo, cuando menos me lo espero. Extraño que me muestres en tus muñecas todos esos perfumes que siempre me parecen el mismo, y que me preguntes qué opino, y decirte que el segundo es el mejor, y que arrugues los labios, en una especie de beso cóncavo, y decidas quedarte con el quinto. Extraño que tus palabras se enreden con las mías en el sofá, y que caigan sobre la alfombra, y que se diluyan mansamente en un silencio sosegado y satisfecho, el de quien sabe que en el cuerpo del otro tiene su manta, su tirita, su oasis.

Te extraño, y ya no me puedo conformar con las breves conversaciones que mantenemos al amanecer, cuando tú te levantas y yo estoy a punto de acostarme. Y me saben a poco los fines de semana, simulacros de vida en pareja, asfixiados por el eco del cansancio de los días previos, y por la ansiedad del trabajo pendiente en los que han de venir.

No lo soporto más, y he decidido hacer algo, por eso hoy no te has cruzado conmigo en la cocina, por eso no he podido darte los buenos días, porque mientras tú lees esta carta, mojando tu sueño en el café, yo aún estaré aprovechando la soledad nocturna

de mi camión para llevar a cabo mi plan: robar todos los relojes del barrio. El de la torre de la iglesia, el de la plaza, el que pende inseguro en la fachada del estanco, los de las farmacias, los que amortiguan la espera en las paradas de autobús... Todos. He pensado que podemos hacer una montaña en el salón con los que consiga cargar en mi remolque, y quizá de ese modo, acumulando segundos entre las paredes de nuestra casa, logremos tener un poquito más de tiempo para los dos. Aunque sean cinco minutos cada día. Si son a tu lado, a mí me bastan.